

—Si, dejalo. Se lo hemos prometido.

La señora Arnal no sabe negarle nada a su hijo pequeño. Pero no le agrada que se note.

—Ahora, que no entren los niños.

Salen de la habitación.

Sobre la mesa, las imágenes cumplen su pequeño destino de cada año. La perspectiva las ata a sus puestos. El buen gusto limita cualquier innovación.

La Virgen y San José contemplan a los dos pastores. Los conejos están carcomidos. Los rostros, un poco borrosos por el polvo, el tiempo, la rutina. De tanto repetirlos, quizás han olvidado las fórmulas de su ofrecimiento. El Belén quedará cerrado hasta la Nochebuena. Después de cenar, se abrirá la puerta.

—Cuidado, niños. No toqueis nada.

Luego silencio. Todos mirarán al conde.

—Está muy bien, Mercedes, muy bonito... Pero, vamos ¿no te das cuenta de que los campos deberían estar iluminados de amarillo? Aquí hay demasiado musgo...

—¿Tú crees?

—Sin duda... Este San José es precioso. Te lo robaría de buena gana.

La mujer sonríe halagada y se pone delante del musgo y de los campos.

—¿Te has enterado de la boda de los Castro, Mercedes?

—Niños, pasad adelante...

—Pues Antonieta ha mandado participación a...

El Belén habrá cumplido su misión. Se cierra la puerta. Su inmóvil misión tradicional de sacar del polvo unas figuras y unos nombres antiguos. Hablar un poco de ellos con cierta fatiga, y volverlos a olvidar hasta el año que viene. El día de Reyes se abrirá la puerta otra vez. Colocarán a los Reyes ante el Nacimiento. Un hecho ritual, sin público. Al cabo de unos días, las figurillas volverán a su cajón. Papeles. Musgo. Corcho. Un pescador mecánico oculta tras unas rocas su feo armazón.

* * *

La cena de Nochebuena ha sido muy feliz. El señor Arnal ha alabado el segundo plato y el conde ha dicho que Luisito se parece al Niño Jesús del Belén.

Más tarde, un poco de tertulia. Cigarros, fuego en el hogar, café... La temporada del Liceo... Las importaciones. Se habla un momento de los pobres que tienen frío. Después la boda de los Castro. A los niños los mandan a jugar a otra habitación.

—Estas veladas familiares me encantan.

La señora Arnal no está tranquila. Piensa en el Belén. Teme que el pescador no haya quedado bastante oculto.

—Cuando queráis iremos a ver el Belén. Cada año os superáis.

—No sé... Este año nos hemos esmerado. Veremos que te parece...

El tema de las enfermedades. La del marqués Pablito Molleda, tan viejo... La preocupación de la señora Arnal se prolonga media hora más.

—Vamos a ver el Belén. Si no encuentro defectos, te haré un regalo, Mercedes.

El pasillo. Unas escaleras. La puerta del cuarto del Belén. En aquella parte de la casa hace frío.

—Juraría que la deje cerrada.

Empujan la puerta.

—¡Oh!

Luisito Arnal y su hermana Asunción han entrado en el cuarto mientras los mayores charlaban en el salón. El Belén está transtornado.

—¡Pero cómo es posible!

El Belén ha quebrado sus comedidas perspectivas. Las figuras grandes y las pequeñas bullen revueltas ante la cueva. Más árboles. Palmeras gigantes. La estrella se bambolea en el cielo. Todo está lleno de gentes. Pastores lisados. Soldados de plomo. Moros y cristianos. El cura del paraguas. Un río de plata refresca la tierra. No hace frío. Gallinas, cabras, polluelos. ¡Qué cataclismo! Todos se amontonan junto a la cueva en una especie de frenesí. Los Reyes Magos han superado el tiempo, han vencido a la historia, su impaciencia ha anticipado la llegada. Allí están también. Un enorme pescador mecánico lanza continuamente su caña, agitando en el aire la alegría del Belén.

«... ¡En el portal de Belén
hay estrellas, sol y luna!...»

Los niños cantan estridentemente Luisito Arnal tan parecido al Niño Jesús del Belén, palmorea entusiasmado.

—¡Pero niños...!

—Déjalos, Mercedes...

A los mayores les pasma lo inesperado.

Las pequeñas figuras siempre en camino, durante tantos años, han llegado por fin. Ocupan el primer término. Los viejos adoradores casi no se ven.

¡Aleluya! ¡Aleluya!

Todos, todos junto al Belén. Hasta Mercedes y el conde, que lo miran estupefactos por primera vez.

El ángel ha bajado de los cielos y se sienta sobre el burro del cura del paraguas. «Paz a los hombres de buena voluntad». La estrella ha caído entre los criados de los Magos que la arrastran como un juguete más.

¡Aleluya! ¡Aleluya!

El alegre asombro de la Natividad del Señor se agita sobre la mesa.

El conde canta, no sabe porqué. Es todo tan extraño... Mercedes canta y los niños...

«... ¡San José bendito
por qué te quemaste
tu que viste humo
por qué no soplaste!...»

San José sonríe modestamente. Quizás este año la sonrisa no se borrará debajo de los periódicos. El padre de Luisito se une a la fiesta. Termina un poco tarde.

—Qué ocurrencia la de los niños...

—No comprendo cómo han podido abrir la puerta. Estoy segura de que la cerré.

—No, mamá. Estaba abierta.

Nadie se atreve a reñirles.

—Pasad adelante, niños,

—Te aseguro que este año había quedado monísimo. Ha sido una pena que lo estropearan.

—¿Tú crees? Bien; el año que viene Luisito será mayor y ya no hará estas cosas, ¿verdad?

Verdad. El año que viene Luisito se parecerá un poco menos al niño Jesús del Belén y ya no hará estas cosas. Con el tiempo en el día de Navidad tal vez hablará de enfermedades y de la boda de los Torrejón...

La habitación queda de nuevo sola. Hasta que Luisito crezca y tenga un hijo, las pequeñas figuras seguirán en camino. Los Reyes Magos vendrán el día 5. El cura regordete no será importante. El pescador mecánico se enmohecera en un rincón...

Los periódicos y el buen gusto seguirán, año tras año, ocultando la asombrada alegría de la Nochebuena.

E. Padrós de Palacio

(Del Libro «ALJABA» de inminente aparición)